

Imagínate los recorriendo todo tu cuerpo, imagínate los/ así, felizmente imposibilitado para ver su rostro, sólo pudo escuchar lo que había dicho Silvia allá arriba, unos diez centímetros, un segundo por encima de la doble tibieza turgente que, sin asomar del todo fuera de la blusa, estaba dejándole en la lengua el único sabor que José Antonio era capaz de suponer para el maná. Imagínate los, una voz oscura, como dirigida a sí misma, que no le había oído jamás; la completa certeza de que una invitación así tenía que formularse con los ojos cerrados, porque solamente mirando hacia dentro era posible anticipar con la palabra lo que con las manos Silvia ya se afanaba en ejecutar. Él mismo dio a sus párpados la función de una cordial barrera entre las pupilas y la piel alrededor de los pezones: entre todas las formas de mirar, José Antonio prefería las habilidades de su boca para guardar en la memoria el diámetro y la exacta figura circular de las aureolas que no precisaban de luz para anunciarse rosadas y ceñidas, apenas protuberando la firme redondez de los pechos. Sí, claro que se imaginaba ese par de suaves odres con sus espadas de carne que lo flagelaban dulcemente, desde la nuca hasta los rincones más húmedos, donde

* Escritor, corrector, editor y publicista.

la virilidad se resolvía en un tumulto de sangre roja y blanca fundidas en un mismo río buscando cauce para verterse en el delta de Silvia.

Nunca se sintió tan lejano ni tan desasido de aquella mañana en la universidad —un recuerdo ya viejo pero pulido de tanto frotarlo contra su pecho—, cuando miró a Silvia y le dijo, lentamente y con la pesadumbre de un oráculo infalible:

—Hay algo que me da mucha tristeza.

—¿Qué cosa?

—Que tú y yo nunca vamos a hacer el amor.

—¿Por qué dices eso?

José Antonio respondió con un silencio terco, donde comenzó a ganar espacio un rencor que no necesitaba permiso para quedarse a vivir en su mirada.

—¿Por qué lo dices? —insistió Silvia, no tanto por enterarse como por traer a José Antonio de regreso, sacarlo del ensimismamiento que le había ensombrecido el rostro.

En lugar de formular de nuevo la pregunta, aventuró una mano medrosa sobre la nuca de José Antonio, mientras la memoria, inclemente de tan puntual, pasó registro a los pocos besos breves, los abrazos interrumpidos en lo más profundo de la espalda y las miradas, sobre todo las pupilas de José Antonio, casi siempre obligadas a dejar que la voz fungiera solitaria como heraldo del deseo. Por eso había pronunciado así la sentencia, oblicuamente, sin atreverse a girar hacia Silvia el rostro.

Ella, en cambio, no llevaba ya la cuenta de las ocasiones en que el nombre de Ángel se había colado en su conversación. “Haciéndole honor al nombre”, murmuraba José Antonio con un dolor que casi podía tocarse, para luego hallar refugio en un mutismo cargado de protestas nunca expresadas más que por el gesto rígido. Entonces había que guardar también las palabras, acercarse despacio y rozarle apenas la mejilla, el brazo, como si

estuviera extrayendo una flor seca de entre las hojas de un libro, como si se tratara de un pequeño animal herido por dentro y por fuera. Y sin embargo, nada garantizaba que sus delicados intentos por restañar una herida que no sabía en qué sitio preciso estaba, no hicieran que José Antonio la apartara de un manotazo que se deshilachaba en el aire hasta volverse un gesto indescifrable.

Por eso no supo qué hacer ni qué decir al verlo empantanarse en el silencio, y sólo acertó a suspender la caricia que había insinuado bajo el cabello que le ocultaba la mitad de una expresión llena de sombras. Habría querido asegurarle que estaba equivocado, que sí harían el amor, por qué no, por qué lo negaba con tanta convicción, pero no, ella no quería que se diera así, como consecuencia de algo que se rehusaba a etiquetar como chantaje; sobre todo no quería que la tristeza fuera la puerta que los introdujera a una horizontalidad de hotel a la salida de las clases, o cualquier sucedáneo de un amor que, entonces, tendría que cambiar de nombre y llamarse coito, cogida, acostón, todas las palabras que –José Antonio lo ignoraba– Silvia repasaba silenciosa cada tanto más seguido al estar con Ángel.

Sin pensar en lo que hacía, tomó despacio el mentón de José Antonio, lo hizo volverse hacia ella, aproximó los labios y se perdió en un beso al que encomendó dar todas las respuestas, todas las alianzas que José Antonio reclamaba desde la ausencia de palabras. Sólo así respondería de ahora en adelante, se prometió Silvia, sólo volviéndome más pródiga, volcándome sobre tu boca que no necesita del sonido para que yo le oiga decir cuánto me deseas, cuánto me has imaginado recorrida por tu lengua que me habla sin pasar por la aduana de mi entendimiento, directamente sobre el cuello y los hombros, humedeciéndome la piel entre los senos, este par de obsesiones que tus ojos han satelizado desde siempre; aquí los tienes, acércate, cede a la fuerza gentil de mis brazos y llénate el cuenco de las manos con

su carne, bésalos, imagínatelos recorriendo todo tu cuerpo, imagínatelos/

Aunque la ocultó lo más rápido que pudo entre los papeles que poblaban su escritorio, José Antonio no estuvo seguro de que su jefe no hubiera advertido la revista, por supuesto prohibida en horas de oficina, así tratara de algún tema relacionado con el trabajo. Antes de que la voz y el bulto del jefe traspusieran el umbral de su cubículo, José Antonio creyó, por fin, haber encontrado lo que buscaba y se disponía a transcribir el número telefónico a su agenda; no tenía importancia, de todos modos, esperar hasta la tarde, si llevaba tanto tiempo consumiéndose en fantasías que sólo prolongaban la espera. En casa ya tendría tiempo para hojear a solas la revista y, con calma, elegir la mejor opción, marcar el número, hacer el pedido, preguntar en cuánto tiempo y hacer un par de indagaciones no demasiado aprensivas sobre discreción, garantías y demás detalles transaccionales.

Al principio la idea le pareció tan absurda que pasaron dos o tres semanas sin que volviera a recordarla. Entretanto, los encuentros con Silvia iban conformando un cálido discurso de manos trémulas recorriendo el continente interno del muslo, de bocas abiertas al mínimo torrente de saliva que buscaba nuevo propietario. En la penumbra de una calle cercana a la casa donde vivía con Ángel, mal preservada contra los eventuales transeúntes que caminaban junto al coche, Silvia fue transformándose en un anheloso ejemplo de apertura: con las piernas separadas, cada botón de la blusa fuera de su ojal y la lengua asomando tibia y curiosa entre los dientes, exploraba el entusiasmo que a José Antonio le bullía bajo los *jeans*, apretando y soltándolo, haciendo que el ritmo de la respiración fuera uno solo, cada noche volviéndose más hábil para la manipulación a ciegas; maldiciendo en un susurro porque alguien se acercaba caminando y había que retirar la mano, dejar el zíper a media travesía y esperar

a que la espalda del involuntario intruso fuera devorada por el final de la calle. Para entonces, ni él ni ella sentían exultante una sola parte de sus cuerpos; el escarceo terminaba por abortar en una transpiración incómoda que les enfriaba el ánimo y los impelía a cerrar todo lo que estuviera abierto.

Alguna tarde, ya no sabía si de semanas o meses atrás, pasó a recoger a Silvia a su oficina y, después de cenar cualquier cosa en el restaurante de siempre, en vez de transitar lo más rápido posible hasta la calle cómplice, sobre Tlalpan aminó la marcha y tomó el carril derecho, de modo que su propósito fuera evidente: el rótulo "Garage Hotel" agrandándose, el portón que a todas horas devoraba parejas buscando ahuyentar la soledad que se instalaba en el asfalto y en las paredes, claro, *qué otra cosa se podía hacer con ese sucio tiempo*, evocó José Antonio antes de pasar por Silvia, citando de memoria y sin querer el feliz desconcierto con el que una pareja de papel había comenzado a amarse en los hoteles.

El recuerdo de una larguísima lectura juntos y olvidados del mundo le hizo creer que Silvia sentiría lo mismo, que iba a estar de acuerdo en que la naturalidad debía tomar por sinodales un colchón y unas sábanas anónimos, que sólo una vez tendrían sobre sí esos cuerpos para emitir su veredicto: si eran o no capaces de volverse uno, si estaban condenados a un insípido amor extramuros o si sabrían conquistar para ellos un espacio propio donde hacer completa la mutua donación de sus cuerpos.

No fue capaz de mirar a Silvia de frente y ella no dijo nada, pero aún así supo que no quería, que no iba a entrar. El "¿por qué?" se le atascó en la garganta y no pudo liberarlo sino pisando a fondo el acelerador para alejarse cuanto antes de ahí, sintiendo un nudo de impropiedades a punto de soltarse e ir a parar, bofetones resentidos, sobre las mejillas súbitamente pálidas de Silvia. El resto del camino se prefiguraba como un funeral para

sus encuentros, ella no esperaba ya más que una última mirada enrojecida antes de ver que el coche de José Antonio transitara por última vez la calle que poco a poco habían vuelto como de su propiedad. Pero él detuvo la marcha en el sitio consabido y, sin más, precipitó boca y manos sobre la piel sorprendida de Silvia, que lo dejó hacer, al mismo tiempo temerosa y expectante, dándose perfecta cuenta de que algo había cambiado para siempre porque José Antonio nunca antes le había prendido así el rostro entre los dedos, sin mirarla, como un ciego que quisiera grabarse sus facciones; nunca fue tan calurosamente impetuoso al principio y después tan leve para ceñirle los senos el vientre la cintura en un abrazo impregnado de urgencias que Silvia, confusa, presintió más allá de la carne, incluso más allá de sí misma, como si José Antonio estuviera abrazando y llevándose a los labios la espalda, la nuca, el ombligo de otra mujer, de cualquier mujer o de todas las mujeres.

Se dio cuenta de eso sin poder nombrarlo, sin saber que José Antonio la recorría a ella, a ninguna otra, porque había decidido hacerla realmente suya, sin eufemismos, como fuera; había determinado poseerla completa y hasta el día de su muerte, incluso contra la voluntad de Silvia pero —delirio de amante apuñalado— sin violentarla, sin verse obligado a sufrir de nuevo otro silencio denso de noes impronunciados. La idea se hizo fuerte y estaba ahí, empapando su saliva, soplando en su respiración, y nada que él hiciera por sumergirla en lo más oscuro del rencor le impediría ganar la superficie, poner su sello en los mordiscos minuciosos con los que la boca comenzó a tatuar en la memoria de José Antonio el cuello, los oídos, hombros, brazos, la piel de Silvia, la oquedad enrojecida debajo de la prenda diminuta que renovaba sin parar una pequeña mancha placentera, el pubis como un vigía sobornado por los dedos acezantes, por la palma de la mano encorvada para duplicar el perfil de la entrepierna.

De la misma forma como aquella tarde supo sin explicación posible que Silvia y él no harían nunca el amor, tuvo ahora la plenitud de conciencia para entender que, si ella iba a pertenecerle, no había más camino que apropiarse pacientemente de toda su figura, en una tarea para la que ya no le importó si usaría o no su simiente tantas noches agolpada y dispuesta y tantas veces obligada a retroceder. Con Silvia compartió la certeza de saberse fuera del paraíso, expulsado quién sabe si por la existencia misma de Ángel, quién sabe si por su propia impotencia para abrirse paso hasta el único lugar donde su apasionamiento podía encontrar la calma. Ahora no podía aventurar una explicación: Silvia era la causa y sería también el resultado, pero él no iba a decirle nada, sólo proseguiría los trayectos en la planicie de vellos levantiscos de ese torso que, a fuerza de palparlo, fue siendo capaz de evocar hasta en más nimio de los detalles: dónde la solidez del músculo, dónde el nacimiento de la grupa, el sitio del ínfimo lunar junto a los labios, la correspondencia entre su lengua tensa y el botón exasperado del clítoris.

No esperaba encontrar en la revista nada que se correspondiera con su fiel memoria; se limitó a mirar el plano y liso catálogo de rostros pechos caderas sexos de cuerpos sin nombre, fotografiados en todos los ángulos posibles y sin embargo incomprendibles porque no había manera de tocarlos. “No es mirando como se conoce a una mujer”, pronunció para sí mismo, sin saber y sin importarle si alguien lo escuchaba o se daba cuenta de qué revista tenía en las manos. “De cualquier forma, no la quiero para masturbarme, como todos”, se dijo ya en silencio, orgulloso de sí mismo, convencido de que sus propósitos al haber adquirido el ejemplar eran tan sutiles que difícilmente se haría comprender si lo explicaba.

De vuelta a casa cumplió apresuradamente con las pequeñas cotidianidades de recoger la ropa del día anterior, revisar las

alacenas para ver si le hacía falta algo, preparar el baño para sacarse de encima el polvo y el cansancio acumulados durante la jornada. La prisa por salir temprano al siguiente día para conseguir todas las cosas que le iban a hacer falta puso alas en sus manos y, mientras enlistaba mentalmente el vino, luces, música y sábanas apropiadas para lo inminente, hizo un rápido inventario de la esbelta figura desnuda de Silvia: a pesar de que sus manos la fueron conociendo fragmentada, hasta el simple aire podía servirle como material para reunirla en un todo que ya no tendría oportunidad de hurtarle el cuerpo.

Al despertar se entretuvo pensando en Silvia de pie, Silvia sentada, Silvia recostada en la cama. Eligió posturas, la ubicó en el sillón grande, sobre la alfombra, apoyada en la mesa de centro. A esa hora, ella debía estar inmersa en el ritual del desayuno con Ángel. Ya no importaba eso, ni el hecho de que los fines de semana fueran hasta entonces un territorio vedado; ya no más, porque de ahí en adelante ella sería suya, estaría con él y aguardaría todas las noches su regreso del trabajo. Pero antes debía comprar la lencería, los cosméticos, los pendientes; había que pasar a recoger las cajas y el pedido, cerciorarse de que viniera completo y de que se cumplieran sin tacha las virtudes por las que no tuvo reñato en pagar la cantidad que entregó con una gran sonrisa, sin hacer caso de la mirada entre cómplice y burlona del empleado que lo atendió.

Harto de esperas, apenas puso cerrojo a la puerta, José Antonio se olvidó de los preparativos y se volcó, trémulo, con palabras y dedos que hablaban plenos de elocuencia, diciendo ahora sí voy a conocerte, para cuando te vayas tendré a otra que no será sino tú misma, haré que te descubras igual y distinta, viviendo cuanto desees con Ángel pero emergiendo aquí, salida de mis manos que te inventan, escúchame, ya no te imaginan sino que te conceden un espacio en el mundo, aquí, conmigo, tu demiur-

go, el que te da la forma que has tenido siempre, la que no sabemos si te otorgué noche a noche o tú me fuiste revelando. Voy a mirarte hasta el final, no ahora que te hago, no en este momento en que de mis yemas va surgiendo tu exacta delgada pantorrilla, el muslo eterno y el misterio tibio de tu sexo. Es cierto que tu piel ya estaba, pero soy yo el que le pone la silueta, yo quien tonifica cada uno de tus miembros y forja sus pliegues y contornos dentro de las palmas memoriosas de mis manos. Sigue dócil, obediente a mis afanes que ya están concluyendo tu cintura, de donde antes que poner debo quitar; lo que reste apenas bastará para llenar tu pecho, el doble yugo donde ahora sí voy a perderme; ya está, exacto, altivo, hendiendo el aire con los pezones como clítoris expuestos a la inmediatez de mi afiebrado tacto. Falta poco, Silvia, nada más el cuello como el único obelisco que sabe la manera de alcanzar el cielo, ahora la cabeza que cubriré con el rostro que te he mandado hacer. Mira tu cabello, tan largo negro y ondulante como lo has tenido desde la primera vez que tuve la dicha de impregnarme con su aroma. Creo que no me resta nada más que la playa de tu espalda, donde haré lo mejor que pueda para curarte y ocultar la extensa herida que me vi obligado a dibujarte; no permitiré que por ahí se escape tu sustancia, voy a recostarte boca arriba en mi cama para que ni yo mismo pueda ver tu entraña gris, salida de las cajas que he apilado en la cocina y que me llevaré al trabajo para pensarte allá también, sabiendo que no te moverás del lugar donde te ponga, por una vez quieta ante mis ojos que no se cansarán jamás de admirar tu perfecta figura inanimada, mía desde ahora y hasta que mi muerte nos separe. ↵

